

Ortega Ruiz, P. y Gárate Rivera, A.

## *Una escuela con rostro humano*

Mexicali, Baja California: Editorial CETYS, Colección Cátedra en Educación y Valores, 2017



Tras la obra “Educar desde la precariedad. La otra educación posible” de 2013, los autores se sumergen en un nuevo diálogo narrativo biográfico, en el que se entremezclan descripciones teñidas con un aire literario de los encuentros vivenciados en la ciudad de Murcia y las reflexiones que se desprenden de analizar el acto educativo desde otro prisma, con otra mirada, desde la pedagogía de la alteridad. Todo ello aporta una identidad a la obra poco frecuente en el contexto académico, en la que su originalidad y el modo en cómo se introducen las ideas, no solo constituye un fuerte atractivo para su lectura, sino que además permite trasladar al lector

a los espacios-temporales vividos por los autores, acercándonos también a las personas. No encuentro un modelo más idóneo para reivindicar una educación con rostro humano, en el que el educador actúa desde su propio testimonio, que la empleada en este libro, donde se evoca constantemente la palabra de los autores en singular, en primera persona.

Son múltiples las cuestiones atendidas en esta obra, a modo de muestrario se recogen algunas de ellas: ¿qué escuela necesitamos? ¿cómo

debe desempeñar el maestro su función educadora? ¿se puede hacer una escuela distinta a la que tenemos? ¿qué escuela podemos hacer entre todos? ¿Qué aporta la escuela a las poblaciones marginales? ¿Aporta la escuela un equipaje vital? ¿Se puede educar sin esperanza? Por muy relevantes que resulten estas inquietudes a la pedagogía y a la comunidad educativa, no es objeto de esta reseña centrarse en todas ellas, para ello invitamos a la lectura del libro reseñado. No obstante, se ha querido resaltar principalmente el concepto de educación que actúa de eje motriz del discurso y los rasgos que caracterizan al docente acorde a los planteamientos de la pedagogía de la alteridad, además de reconocer el análisis crítico, no casual, que se hace de la escuela en diversos momentos de la obra:

“Suele hablarse de un exceso de diagnóstico sobre los males que afectan a la escuela, y no siempre acompañado de propuestas para abordar esos males. A veces, se oyen voces que alertan de los “peligros” de una escuela que no se acomode al modelo establecido” (p.41)

Aunque ambos autores, a pesar de la distancia, comparten la inquietud por la precariedad de la educación, también les une la esperanza por una mayor humanización de la labor educativa. Una educación que parte, como no podía ser de otra manera, de un posicionamiento ético levinasiano que sitúa al educando, desde la vulnerabilidad que acompaña a toda persona en formación y construcción, en el epicentro de la acción educativa. Ahora bien, la educación entendida como responsabilidad y servicio obliga al educador a adaptar las prácticas de aula a las circunstancias de cada educando, partiendo de su mismidad, pues como se plasma en el texto “el maestro tiene asumido, en su discurso y en su praxis, que nunca se educa en tierra de nadie” (p.35). Por tanto, constituye un grave error e irresponsabilidad educar de espaldas a lo que acontece en la vida diaria, especialmente en aquellos contextos de marginación extrema en los que la escuela constituye la única posibilidad de romper un círculo pernicioso de reproducción y heredabilidad de la vulnerabilidad y exclusión marcadas por las circunstancias.

Desde los planteamientos propios de la pedagogía de la alteridad, el profesor Ortega ha contemplado en otros escritos (*Educación es responder a la pregunta del otro*, 2010), la diferencia entre docentes y maestros, donde el primero se centra en llenar de conocimientos y saberes las cabezas

de los alumnos, y el segundo acompaña al educando en su humanización y construcción como ciudadano. Este aspecto se aborda con profundidad desde el primer capítulo del libro con la finalidad de delimitar los rasgos que definen al maestro con rostro humano, aquel que sirve de ejemplo vital. Los testimonios de vida de los maestros que se recogen en el libro constituyen un modo de ejemplificar otra forma de educar, en la que la educación, lejos de ser rutinaria y burocratizada, se convierte en un acto de amor, en un servicio desinteresado de donación, caracterizado por la responsabilidad y generosidad, por la espera y acogida del otro. “Para educar hay que ser un experto en humanidad (...) educar es algo más que transmitir saberes y competencias. Solo se educa cuando se transmite, desde el testimonio, un modelo ético de vida” (p.30). Desafortunadamente, coincidiendo con los autores, este modo de entender, sentir y vivir la labor educativa constituye una minoría en la actualidad.

Para potenciar esta forma de ser maestros, los docentes deberían incorporar a su praxis, según apuntan los autores, el análisis crítico de los libros de textos, educar en una realidad concreta en la que se hacen visibles los males que acechan, favorecer una pedagogía de la negatividad que denuncia lo que no debe ser. En definitiva, se trata de educar en la resistencia, pues tal y como exponen Ortega y Garate:

Con el viento en contra, otra educación es posible. Este principio esperanza en educación no ha sido tenido en cuenta. Nos hemos dejado llevar por la resignación y hemos buscado acomodarnos a lo que ya teníamos, a lo dado. Ha sido siempre una vieja “querencia” en la pedagogía huir de la incomodidad de la realidad, del riesgo (p.73)

En la última parte del libro, se reconoce la fragilidad y caducidad de los testimonios dependientes de las coordenadas espacio-temporales, las adversidades de educar en una sociedad caracterizada como líquida y, se enfatiza como rasgo de los maestros la esperanza. En este sentido, los autores afirman que educar es esperar. Es mantener viva la fe en las posibilidades del otro, en sus capacidades y talentos. Sin embargo, la vulnerabilidad asociada a vivir en contextos de privación, a la inmadurez, a la corta trayectoria vital, a las circunstancias de incertidumbre implantadas en la actualidad, contribuyen, entre otros aspectos, a minimizar las potencialidades de humanización de las nuevas generaciones. Son muchos los alumnos que presentan potencialidades no manifiestas que requieren

de la confianza ajena del apoyo y acompañamiento de un maestro que se haga cargo para que despierten y comiencen a aflorar. Pero la ceguera de los docentes ante estas cuestiones, en ocasiones justificadas desde argumentaciones endebles asociadas a la ratio, contribuyen a enterrar, más que potenciar, las posibilidades de ser mejor ciudadano.

Educación es todo un reto difícil y constante de atender al otro, de modo que exige que el maestro mantenga la esperanza aún en circunstancias adversas. Pero para evitar el riesgo de la instrumentalización del otro a través de las expectativas que nos forjamos de ellos, se hace necesario entender que educar es acoger, lo que implica salir de uno mismo, de lo que nos interesa personalmente, para hacerse cargo del otro, respetando su dignidad, reconociendo su individualidad.

La necesidad de renovación pedagógica de los docentes es una realidad manifiesta en múltiples encuentros y textos científicos, que exige abrir espacios de reflexión crítica que aporten un conocimiento lo más amplio posible de la relación entre educador-alumno desde vertientes globales e integrales que superen la visión miope centrada exclusivamente en lo curricular. Este libro contribuye a abrir ese debate, aportando otra forma de entender la relación educativa.

M.<sup>a</sup> ÁNGELES HERNÁNDEZ PRADOS  
*mangeles@um.es*  
*Universidad de Murcia, España*